

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LOS HOMBRES DEL MAÑANA

¿Cómo se forman? Con la práctica de la moral religiosa, y no con la ética o moral sin Dios. Iniciación sexual

Note dejes vencer por el mal; al contrario, vence al mal con el bien (Rom. 12,21).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7693-270-7
Depósito Legal B: 4022-94
Printed in Spain
Impreso en España

PRÓLOGO

Un poeta italiano (Giusti), dijo: «Hacer un libro es menos que nada, si el libro no hace mejor a la gente», y por lo mismo yo quisiera que el presente tuviera gran valor e hiciera el mayor bien posible al que lo leyera. Por este motivo me propongo hacer ver a todos el gran valor de una educación religioso-moral, la que no es posible sustituir por una educación laica, por cuanto los pueblos que pretenden una educación sin Dios van a la ruina.

Una buena educación cristiana tiende a orientar nuestras inclinaciones ya desde niños en dirección al bien y a formar una conciencia católica que instigue a obrar rectamente y a conducir a cuantos la siguen por el camino de la felicidad.

Todos estamos ansiosos de ser felices, mas la felicidad suprema de nuestra vida no está en

las satisfacciones sensuales (riquezas, honores y placeres). Ponerla en ellas es desconocer el fin verdadero del hombre, y por eso dijo San Ambrosio: «No consiste la dicha en satisfacer las pasiones, sino en vencerlas, pues no hay dicha sino en lo que está exento de pecado».

Mi deseo es hacer ver, especialmente a los jóvenes, que su dicha está en el vencimiento de las pasiones, y cómo podrán irlas venciendo para lograr la felicidad temporal y eterna.

Al ver que la juventud cae fácilmente en pecados torpes (y más visto el ambiente en que nos movemos), yo pretendo prevenirles haciendo ver a los más los grandes males que acarrearán las pasiones, y los muchos bienes que les reporta su vencimiento.

He escrito ya otros libros con estos títulos: «El niño y la educación», «La educación sexual», «La formación del carácter», «La formación del corazón», «La edad de la juventud», etc., en los que he hablado ya en general de este tema, y en éste (después de haber leído los libros de Mons. Tihamér-Toth: «Energía y pureza», «Formación religiosa de los jóvenes», de los que tomo algunos pensamientos), deseo particularizar más y aclarar ideas en un tema tan trascendental en bien de todos, especialmente de la juventud.

*Dios quiere que la siembra de estas ideas
concurran al bienestar de una sociedad que se
va alejando de Dios, y todos reconozcan los
caminos que conducen a la verdadera felicidad
humana.*

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, octubre 1991

LA FORMACIÓN DEL JOVEN

Necesidad de la educación

La verdadera educación es la base para ir por el camino que conduce a la felicidad, y por eso interesa muchísimo que la formación de todos comience ya desde niños.

El niño es como una planta muy delicada y requiere mucho cuidado para que no crezca deformado. Y ¿dónde se forma el niño? Se forma o deforma desde sus más tiernos años en el hogar, en la calle, en compañía de otros niños, en la misma escuela o colegio donde empieza a ir.

No hay duda que desde niños tenemos caprichos y deseos, y es necesario irlos encauzando por el camino del bien. Damos, por supuesto, que el niño tiene defectos y hay que limarlos y corregirlos ya desde su más tierna edad. ¡Cuántos por no haberlos corregido a su tiempo, según van creciendo en edad, se han hecho soberbios, blasfemos, viciosos e insoportables! Y esto está

exigiendo que todos, desde pequeños, sean bien educados.

Ya he dicho en algunos de mis libros que «la tierra sin cultivar produce abrojos y toda clase de malezas. El niño sin educar produce vicios. La tierra cultivada da frutos según la calidad de la misma; el niño educado da ciencia y virtud conforme a su capacidad y desarrollo intelectual, y para esto hay que ir formando su inteligencia y su libertad».

En la inteligencia del niño, todo lo que ve y oye, se le va grabando, y por eso hay que saberlos educar bien desde pequeñitos. El libro de los Proverbios nos lo advierte así: «*Instruye al niño en su camino, que aun de viejo no se apartará de él*» (22,6), es decir, el camino por donde empezó a andar desde joven, ese es el que seguirá siendo viejo.

En el niño hay que arraigar todas las virtudes, máxime las teologales: la caridad, por ser la más excelente entre todas, y la fe por ser el fundamento estable de las demás.

La fe implantada en los niños resiste a todos los vaivenes y vicisitudes de la vida, y por eso hay que acostumbrarles a esperar en la otra vida..., a amar a Dios y al prójimo..., a desterrar todo odio y rencor...

El fundamento de la educación

El niño, a la vez que crece en edad, debe ir creciendo en virtud, y por eso la verdadera educación tiene como fin el procurar que las inclinaciones de los niños y de los jóvenes vayan en la dirección del bien.

Si preguntamos pues, ¿cuál es el fundamento de la educación?, tenemos que responder: es *la moral católica* por ser la que fortifica nuestra voluntad para ir por el camino de la verdad y del bien.

Hablemos claramente: Sin la autoridad de Dios no hay ley moral obligatoria. La verdadera moral no existe sin la creencia en Dios, De aquí que al ver tantos males existentes, lo que necesita hoy nuestra sociedad es un verdadero cambio, una preparación moral que haga surgir corazones decididos a enfrentarse con el mal y con toda clase de pasiones, voluntades de hierro capaces de todos los quehaceres que empiecen por la reforma de sus vicios y la adquisición de la virtud que tanto nos eleva y engrandece. Necesitamos hombres de carácter. Y a esto debiéramos aspirar, a que de nuestros colegios saliesen no sólo jóvenes de letras y de ciencia, sino ante todo jóvenes de carácter, y el carácter es la determina-

ción moral de la voluntad. (Véase mi libro: «*Formación del carácter*»).

No hay duda que el resultado más valioso de la educación siempre será éste; «una voluntad fuerte», y esta voluntad fuerte no puede darla sino la educación religioso-moral, que tiende a conseguir la virtud, a aprender a luchar contra el mal.

Un joven para orientar el camino de su vida tiene que ir dominando sus pasiones, y esto sólo lo puede hacer por el gran ideal de la religión, lo que equivale a decir: ¡Por Dios me venzo, por Dios tiendo a la virtud y por Él me aparto del vicio!

Conviene tener siempre presente que la moral católica es inseparable del Decálogo. «Desde el momento en que la moral se separa del Decálogo, nos encontramos con un caos en el terreno moral, porque no sabemos poner en claro la cuestión más elemental: qué cosa sea moral y qué cosa sea inmoral» (Tihamér Tóth).

Una moral autónoma o independiente, o sea, la llamada ética moral laica, como es toda moral sin Dios, no podrá jamás dar fuerza al joven que ha de sostener duros combates o al hombre que lucha contra las tentaciones.

La moral no se puede asentar sobre una base

subjetiva, porque equivaldría a destruirla. Las leyes morales son manifestaciones de la voluntad divina y a ésta debemos atenernos.

Sin religión no hay moral

El alma de la instrucción escolar es justamente la enseñanza de la religión, y por lo mismo la religión no ha de considerarse como asignatura de un valor inferior o igual al de las demás, sino como un principio pedagógico sobre todas las asignaturas, principio que une y concentra.

La educación religiosa en la escuela es garantía de educación social, y sólo ella es capaz de darnos una fuerza moral, porque sólo a la luz de la religión sabremos lo que es lícito y lo que no lo es.

El partidario de una moral laica o autónoma tendrá que preguntarse en todos sus trabajos: ¿Por qué no he de hacer este «mal», cuando tanto me gustaría? y ¿por qué he de perseverar en el «bien», cuando me resulta tan arduo? Y a tales dudas no puede dar contestación *satisfactoria* la moral sin Dios.

Una ética independiente y meramente científica es una ética inconsistente y falsa que termina desviándose de la verdad. La verdadera moral

es muy distinta de tal ética, porque tiene un apoyo firme.

La moral religiosa se remonta a Dios, y es preciso reconocer que sin un alto ideal, sin responsabilidad y vida eterna, es decir, sin religión no puede haber verdadera educación.

Un sistema moral, separado violentamente de la religión, se adapta necesariamente a la opinión de los partidos reinantes. Y que una ética o moral independiente sea débil ante la mayoría de los hombres, nos lo afirma así San Agustín en sus «Confesiones»: «Del pantano más profundo del goce corporal sólo me retraía el miedo que tenía a la muerte y al juicio que la sigue... Cuando estaba discutiendo con mis amigos Alipio y Nefridio acerca del destino final de los buenos y de los malos habría otorgado con gusto la palma a Epicuro (es decir, a los goces carnales), de no creer que después de la muerte sigue la vida del alma y del juicio».

Si en medio de las exigencias tempestuosas de los instintos del cuerpo, un filósofo como el gran San Agustín pudo permanecer en el camino de la moral por el pensamiento de Dios, ¿cómo podremos esperar que las prescripciones de una moral débil tengan eficiencia cuando se trata de masas analfabetas, rudas por completo en punto

a filosofía? Ya San Pablo lo dijo así: «*Si no resucitan los muertos (si no hay otra vida después de ésta) no pensemos más que en comer y beber, puesto que mañana moriremos*» (1 Cor. 15,32).

Washington, el que fue presidente de Estados Unidos, en su discurso de despedida, dijo: «La razón y la experiencia nos atestiguan de consuno, que en el pueblo no puede haber moral sin religión. Y juntamente estas dos cosas serían las llamadas a dar fuerza de vida a la democracia». Esto debemos reconocerlo todos, y que el quitar la religión de las escuelas es abrir un dique al terrorismo y demás males que reinan hoy en el mundo.

La religión, asignatura principal

Los gobiernos que no consideran a la religión como asignatura principal entre todas y la relegan a un plano inferior es porque ellos no la han estudiado ni vivido y por lo mismo no conocen su valor.

Si bien lo consideramos, el mal actual de España y de todos los desórdenes existentes en el mundo: crímenes, robos y secuestros, no tienen otro origen que la falta de enseñanza y práctica de la religión cristiana.

Si preguntamos por qué hoy hay tantos presos

en las cárceles, tenemos que responder «por los muchos crímenes cometidos», «por robar, por matar y cometer actos inmorales». Ahora bien, qué es lo que enseña la religión católica: «No matarás, no robarás, no cometerás actos inmorales...». Si pues, esta enseñanza se inculcara a todos desde niños y hubiera temor de Dios, ¿se cometerían tantos crímenes como se están cometiendo?

Son muchos los ejemplos que comprueban este hecho. He aquí un par de ellos, que consigno ya en mi libro: «Los males del mundo».

1.º *El rey Federico II de Prusia* (1740-1746). Este hombre muy avanzado, amigo de Voltaire y despreocupado de toda idea religiosa, notó en los últimos años que a medida que iba creciendo la irreligiosidad tomaban preponderancia los crímenes. Entonces declaró públicamente: «He obrado respecto a la religión con demasiada ligereza. Con gusto renunciaría a la mejor ganada de mis batallas, si con eso podía despertar en mi país nuevamente el amor a la religión». Entonces dijo a su ministro de Cultos: «Restaure usted la religión en mi país».

El ateísmo conduce al vicio y al crimen. Por eso, los gobiernos que quieren borrar la religión son enemigos del Estado.

2.º *El de Robespierre, caudillo de la Revolu-*

ción Francesa. El 7 de noviembre de 1793, en tiempo de la revolución, fue prohibido el culto católico. Desde aquel momento, nadie tuvo segura su propiedad ni su vida. Entonces fue cuando Robespierre se dio cuenta que aquello no podía continuar más, y declaró: «Si no hubiese Dios, será menester inventarlo»...

Está visto que sin religión, los hombres se truecan en animales feroces. Por eso, los mismos legisladores enemigos de la religión procuran que sus súbditos sean religiosos.

Se impone el estudio de la verdadera religión en todos los colegios, porque cuando se vive sin religión y sin temor de Dios, continuará la violencia, los secuestros, el terrorismo, los crímenes y toda clase de males en una nación.

¿Por qué la religión debe ser asignatura obligatoria?

La religión debe ser obligatoria por las razones antes dichas, y por que ella nos enseña a vivir rectamente, a que amemos la virtud y nos apartemos del vicio, del crimen y de toda clase de pecados, y sobre todo debe tener carácter de obligatoriedad, porque tiene como fin llevar a todos el mensaje de salvación.

Jesucristo, el Dios hecho hombre, vino a la tierra a enseñarnos este mensaje, pues Él dijo claramente a sus apóstoles: «*Id, enseñad a todas las gentes... las cosas que yo os he enseñado... Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que lo creyere (y lo practicase) se salvará*» (Mt. 28,19-20): Mc. 16,15,16).

Por consiguiente, así como las matemáticas y otras ciencias profanas son asignaturas obligatorias a los jóvenes para su formación, así también debe serlo la religión y en grado más elevado por su trascendencia para la vida del cristiano. Además la enseñanza religiosa es necesaria para la formación integral de los alumnos.

El decir que la religión debe ser «asignatura obligatoria», sólo pudiera causar extrañeza a los que ven en la misma doctrina moral que se les enseña a los niños una coacción que disminuye el espíritu de libertad y de iniciativa en ellos; pero ¿quién ignora que la religión parte de Dios Creador y que la iniciativa de salvación es suya? Además las otras asignaturas ¿no coaccionan al estudiante remolón y se les imponen para su formación?

La verdadera educación debe ser integral, y abarca un campo extenso, dadas las inclinaciones, las virtudes y vicios de las personas: educa-

ción del carácter, de la libertad, la educación sexual... el refrenar las pasiones del orgullo, del egoísmo, pereza, etc.; pero todo se reduce a una enseñanza básica: *la Religión*, la cual ofrece para todos estos y múltiples casos los remedios oportunos.

Hay que reconocer que en la enseñanza de la religión no se trata de imponer a los educandos una doctrina «nuestra» o nuestra manera de ser propia, sino de darles a conocer la doctrina salvadora del mismo Jesucristo, mandada a enseñar por Él.

También hemos de reconocer que los caprichos y las pasiones de los jóvenes mueven a veces a éstos a rechazar toda enseñanza religiosa porque se opone a sus deseos desordenados, mas este proceder ¿podría movernos a considerar como no obligatoria una enseñanza que redundaría en beneficio de ellos mismos?

¡Cuántas veces hemos visto a jóvenes faltar al deber y decir que eran libres para no ir algunos días al colegio! y porque sus padres les llamaban la atención, han contestado (como tantos otros): «Mis padres no me comprenden»..., y cuando hemos examinado el caso, y les preguntamos el por qué no les comprenden, ha sido sencillamente porque ellos no les dejaban hacer todos sus

caprichos y se les oponían a que fuesen por caminos desordenados, que podían conducirles a la perdición...

No hemos de negar que se debe respetar la libertad de conciencia del alumno, pero como la familia tiene derecho a organizar la vida religiosa y la educación religiosa de sus hijos, si los padres quieren que se les dé enseñanza religiosa debe dársela, y la Iglesia tiene este deber conforme al mandato de Jesucristo (Mt. 28,19). Además en tiempo de formación el criterio del inferior debe estar sometido al del superior.

La religión es muy necesaria

La religión se debe poner como sumamente necesaria para la formación del alumno y sea un buen cristiano y un buen ciudadano, porque esta asignatura enseña verdades reveladas y rigurosamente exactas, por proceder de Dios que es la suma Verdad y no puede engañarse ni engañarnos, y nos proporcionan un bienestar no sólo temporal, sino también eterno.

El Concilio Vaticano II inculca que a los niños y adolescentes se les «estimule» a apreciar con recta conciencia los valores morales... No dice que se les «fuerce», pero en la forma que asisten a la

clase de cualquiera otra asignatura profana para estudiarla, entenderla y luego aprobarla, debería con mucha más razón asistir como cristiano a la clase de religión, y más pidiéndola sus padres.

La enseñanza de la religión es básica, porque sin ella no hay virtudes sociales. El fundamento de la moral es Dios.

Napoleón que había visto de cerca al hombre sin religión, decía: «A ese hombre no se le gobierna, se le ametralla. ¡Ah! vosotros queréis que ese hombre salga de mis colegios... No, no; para formar al hombre yo pondré a Dios conmigo». «Sin religión, los hombres se degollarían por cualquier insignificancia».

Reflexionemos también sobre este otro testimonio de un pagano, que no deja de ser elocuente en esta materia:

Platón, filósofo griego (427-347 a.C.) aseguraba que la buena educación es la base de la sociedad y de las naciones. La educación de los primeros años, dice, es absolutamente necesaria para formar la vida entera; es el más importante negocio de que pueda ocuparse el Estado. Al primer magistrado de la ciudad toca el cuidado de que los niños y jóvenes sean honrada y santamente educados desde su más tierna edad (Lib. II de Rep.).

Advertencia importante

Preguntemos: ¿Qué es necesario para que el alumno adquiera conocimientos básicos de religión, que le orienten y conduzcan rectamente hacia Dios?

Yo contestaría: Se necesita un buen texto de religión y un buen profesor.

1.º **Un buen texto.** Que exponga las verdades de la fe con claridad, acomodadas a la inteligencia y capacidad de los alumnos, y la materia vaya ordenada en forma catequética, o sea, verdaderamente doctrinal, instructiva y pedagógica, que mueva a los alumnos a llevar una verdadera vida cristiana...

2.º **Un buen profesor.** Sus condiciones: Que se dé cuenta de su responsabilidad, y que tenga buena preparación o formación doctrinal, espiritual y pedagógica. Además que esté convencido que la enseñanza que da no es algo meramente humano, que se inventa o unas ideas o pensamientos «suyos» que va a transmitir a los alumnos, sino la «Palabra de Dios», las ideas que están en la Biblia, las que Dios nos ha revelado y conducen a la salvación... y que él viva la doctrina que enseña.

En la exposición de las ideas dogmáticas es sumamente necesaria la precisión y claridad, para no exponer al alumno a error o enseñarle una herejía... Al niño también hay que ayudarle para que sepa contestar...

¿Quiénes tienen la obligación de educar?

Pío XI en su encíclica «D.I. Magistri», dice: «La educación que abarca a todo el hombre, individual y socialmente, en orden a la naturaleza y en el de la gracia, pertenece a estas tres sociedades necesarias: la familia, la Iglesia y el Estado, en una medida proporcional y correspondiente a la coordinación de sus respectivos fines, según el orden actual de la providencia establecido por Dios».

1.º **Como el niño es de los padres**, a ellos pertenece el primer derecho de educarle. Santo Tomás lo dice así: «Es de derecho natural que el hijo, antes de tener uso de razón, esté bajo el cuidado del padre; por donde sería contrario a la justicia natural, el que el niño antes de tener uso de razón, se viera sustraído a los cuidados de los padres, o se dispusiera de él contra la voluntad de los mismos» 2,2 q.10, a. 12).

«La familia, dice también Pío XI, tiene inmediatamente del Creador la misión de educar a la prole, derecho inalienable por estar inseparablemente unido con la estricta obligación, derecho anterior a cualquier derecho de la sociedad civil y del Estado, y, por lo mismo, inviolable por parte de toda potestad terrena»,

pues es necesario reconocer, como ya dijo a su vez Pío XII que «la persona y la familia son por naturaleza anteriores al Estado». De aquí que sea falso que la prole pertenezca antes al Estado que a la familia y gran error afirmar que los derechos de los padres sobre la educación de los hijos se derive de la ley civil.

El Concilio Vaticano II en su «Declaración cristiana de la juventud» ya dice claramente que «los primeros y principales educadores de sus hijos son los padres que les han dado la vida...» (N.º 3).

Juan Pablo II ya ha puntualizado varias veces este tema, en España en su discurso «a los educadores en la fe», en discursos a las familias cristianas, y en la «carta de los derechos de la familia»...

2.º **La Iglesia**, que engendra a los hijos en la vida sobrenatural y recibió de Jesús el encargo de educar a los fieles: «*Id, enseñad a todas las gentes... cuanto os he mandado...*» (Mt. 28, 19-20), tiene de un modo supereminente e inalienable la misión educadora...

3.º **El Estado** tiene en la educación de los *hijos* el derecho y el deber de completar lo que la familia comenzó y no pudo terminar, y el derecho y el deber de suplir —no de suplantar— la función de la familia; en la educación de los ciu-

dadanos tiene derechos propios: fomentar la cultura física, proveer a la formación profesional para ciertos cargos necesarios a la sociedad civil (policía, milicia, etc.).

Al gobierno de nuestra nación (si quiere el bien de todos los ciudadanos), es al que más podía interesar la enseñanza de la religión a fondo, y digo esto, porque cuando debiera preocuparse de que no hubiera malhechores ni cárceles, tiene en proyecto construir más centros de reclusos, porque cada día hay más delincuentes, y mientras no encaucen a los niños y jóvenes por los principios básicos de la religión: *no mates, no robes, no cometas actos inmorales...* e inculque así con la educación religiosa el temor de Dios, tendrá que seguir construyendo más cárceles, porque sin religión crecerá el terrorismo y los males de la sociedad... Esto es como empezar a construir un edificio por el tejado.

La primera escuela de religión

Juan Pablo II ha dicho: «El hogar debería ser la primera escuela de religión, como también la primera escuela de oración... En el hogar comienza la evangelización, en el hogar surgen las vocaciones y se desarrollan».

La época de la infancia es decisiva; los psicólogos dan por sentado que a los dos años tiene el niño un manajo de incipientes hábitos y un conjunto de impresiones vagas que perdurarán más o menos intensamente durante la vida entera. ¡Madres!, sembrad creencias y virtudes, cuidad este rico plantel.

El papel de la madre en la educación es básica y a veces insustituible. La madre es la primera escuela, la primera catequista, la primera educadora y el ángel custodio de sus hijos. Si éstos desde el principio tuvieron derecho a nacer, desde el nacimiento tienen derecho a su formación.

Y si la norma suprema de la educación es que los niños lleguen a servir conscientemente a Dios, tienen también ellos el derecho de recibir una sólida educación religiosa. De este derecho nace el deber de los padres.

En las crisis del crecimiento antes de la pubertad, principalmente desde los dos años y medio de edad hasta los seis o siete, es vivo el interés de los niños por los temas religiosos. Les causa impresión profunda la idea de Dios, de ese ser superior que todo lo ve y todo lo puede; les interesan los relatos de la Historia Sagrada... y los altos ejemplos de los Santos...

En los niños hay que sembrar ideas buenas aunque no las entiendan. Los años se encargarán de descifrarlas en su entendimiento y de hacerlas florecer en su corazón. Hay que instruirles: en el marco exclusivo de la familia durante la época preescolar; colaborando con los maestros desde la enseñanza primaria hasta la superior, sin dificultarles su trabajo.

También vale mucho orar en familia con la participación de los hijos, aun antes de que éstos obren con plena conciencia, enseñarles las primeras oraciones: el Padrenuestro, el Avemaría, etc.: de mayorcitos llevarles al templo a la Misa, a confesarse algunas veces al año o con la frecuencia posible, y así vayan conociendo el valor de la gracia...

La mejor educación es el buen ejemplo. Si un niño ve que sus padres rezan, que van a Misa, que hay en casa un ambiente religioso y no se oyen blasfemias o palabras feas, todo se le graba...

Los padres deben inculcarles la idea de un Dios bondadoso, de un Padre que está en los cielos y nos ve y nos escucha, y nos espera, más que la de un Dios terrible, preparado siempre a castigar...

«Los padres de familia no olviden que, ni las

escuelas, ni los centros catequísticos, ni nada en fin, les releva de la sagrada obligación de velar ellos mismos por la enseñanza religiosa de sus hijos» (Card. Guisasola).

Napoleón al encargar la educación de su hijo /el «rey de Roma») a la señora de Montesquieu, le dijo: «Señora, edúquelo para que sea buen cristiano». Uno de los señores presentes se sonrió al oír tales palabras. Napoleón dijo con energía: «Sé lo que digo y por qué lo digo. Eduque a mi hijo para que sea un buen cristiano; es la manera mejor y más segura de que sea también un buen francés».

Deberes de los padres para con sus hijos

Los padres respecto de los hijos ocupan el lugar de Dios, y por tanto ellos tendrán que darle cuenta de cómo los han tratado... Resumiendo diremos:

Primer deber: *Es ser virtuoso*, porque como dice San Gregorio Magno: «El que está encargado de corregir a los otros, debe estar exento de vicios; el ojo lastimado con algún grano de polvo, no puede ver una mancha, y aquél cuya mano está llena de barro, no puede limpiar sus vestidos».

La virtud de los padres es una hermosa cualidad; es la mayor riqueza para ellos y para sus hijos. La virtud de los padres, como sus vicios, pasa y se arraiga en el alma de sus hijos desde el mismo acto de la concepción. Una sangre impura engendra hijos viciosos; una sangre pura da hijos inclinados al bien.

Está comprobado, dice Mons. Tihamér Tóth, que los padres influyen en la vida de sus hijos mucho antes del nacimiento de éstos (padres enfermizos, niños enfermizos), y de ahí tomó origen la frase de que la educación de los niños ha de empezar veinte años antes de su nacimiento. Lo cual significa que tan sólo los padres sanos tienen derecho a esperar hijos sanos.

El que derrochó su salud o se casa por amor al dinero o por otras ventajas con su mujer enfermiza, tendrá hijos enfermizos, que ni la más alta ciencia médica y pedagógica podrá trocar en jóvenes robustos, vigorosos, aptos para el trabajo.

Pero no es menos importante «la influencia del ambiente» en que va creciendo el niño desde el primer momento de su vida. En el alma de los niños pobres, que crecen apiñados en reducidos aposentos y están acostumbrados a ir harapientos y a jugar en el polvo de la calle, se notan impresiones profundas y perjudiciales ya en el primer momento de entrar en la escuela.

Segundo deber: *Es dar buen ejemplo a sus hijos.* Se dice en el Evangelio que un hombre rico y poderoso creyó en Jesucristo, y toda su familia a intención suya (Jn. 4,53). El hijo sigue pronto el ejemplo de sus padres. Se parece a la yedra, que, no pudiendo sostenerse sola, se agarra al árbol o al muro... El hijo es como la cera blanda; toma fácilmente todas las formas que le dan...

El padre de familia que es el jefe de la casa, debe ser su modelo y preceder a su esposa y a sus hijos, dándoles buen ejemplo. Los padres con sus escándalos causan la pérdida de sus hijos.

«Por desgracia la familia irreligiosa de nuestros días es un obstáculo fuerte para la educación religiosa. El fervor entusiasta de los jóvenes se estrella muchas veces contra los prejuicios y la indiferencia de los padres. Si el padre no tiene fe, el niño lo nota a los siete años de edad, a los diez se escandaliza, y en la tempestad de las primeras pasiones, hace de ello un argumento contra su propia conciencia».

¿Qué impresión queréis que las buenas advertencias y los sabios consejos de un padre blasfemo, impío, incrédulo, colérico, dado a la embriaguez, o de una madre impúdica, irreligiosa y arrebatada, hagan en el ánimo de sus hijos?

Tercer deber: *Es la oración.* Están obliga-

dos a enseñarles temprano a orar..., a rogar por sí mismos..., a rogar para sus hijos, y a enseñarles la obligación y la excelencia de las oraciones...

Cuarto deber: *Darles una buena educación.*

La educación mira especialmente al corazón. Es preciso alejar del corazón de los hijos los vicios, extirpar en lo posible su principio, y hacer germinar las buenas costumbres, las virtudes, los consejos evangélicos...

Nuestros filósofos corrompidos e impíos han enseñado a los jóvenes que no hay Dios ni otra vida; que la religión es una fábula, que el hombre no es más que un animal; que toda la moral consiste en buscar el placer y huir del dolor.

Este curso de educación está pronto concluido; no se necesitan ni colegios ni preceptores para entenderlo hábilmente: por esto nuestros jóvenes libertinos han sabido pronto tanto como sus maestros, y todos los días podemos sorprendernos viendo los frutos de esta moral humana, natural, filosófica, o más bien animal, más digna, dice Bergier, de los establos de Epicuro que de una escuela de educación.

Todo está perdido en el hombre y en la sociedad, cuando el corazón de los hijos está corrompido o mal dirigido por los padres... En todo plan de educación es necesario que entre la urbanidad...,

los buenos modales..., la cultura... Los padres que se descuidan en dar estas excelentes costumbres a sus hijos, hacen de ellos seres groseros, mal educados, tontos y detestables (C. a Lápide).

Quinto deber: *Darles instrucción religiosa.* «Padres y madres, dice San Pablo, *educad a vuestros hijos, corrigiéndolos e instruyéndolos según la doctrina del Señor*» (Ef. 6,4). «¿Tenéis hijos? dice el Eclesiástico. *Adoctrinadlos y domadlos desde su niñez*» (7,25).

Es preciso enseñar a los hijos ante todo el santo nombre de Dios, y los de Jesús, María y José, el Padrenuestro, el Avemaría, los principales misterios del cristianismo... En fin, enseñarles el Catecismo y hacérselo aprender... San Juan Crisóstomo dice: «La causa de la maldad del niño es nuestra negligencia, por que no le acostumbramos desde la edad más tierna al temor de Dios y a la religiosidad».

La necesidad que tienen los padres de dar una instrucción religiosa a sus hijos, manifiesta cuán necesario es que ellos también estén instruidos en la misma materia (Me permito a este fin recomendar mi libro titulado: «*La Religión a tu alcance*»).

Sexto deber: *La vigilancia.* Los padres están obligados a la vigilancia. Vigilancia de parte

de la madre, cuando lleva a su hijo en su seno, a fin de no cometer ninguna imprudencia, ya andando, ya trabajando, comiendo, bebiendo... Vigilancia de parte del marido para hacer él mismo o mandar hacer los más penosos trabajos que entonces tengan que ejecutarse...

Vigilancia de parte de ambos para hacer bautizar pronto al niño recién nacido... y después para darles buenos principios, hacerles amar temprano la virtud y detestar el pecado, apartarlos de las malas compañías, no ponerles trabas a su vocación cuando es conveniente...

El P. Astete resume así las obligaciones de los padres para con sus hijos: «Alimentarlos, enseñarlos, corregirlos, darles buen ejemplo y estado competente a su tiempo».

¿Cómo hay que corregir a los hijos?

El niño es como un tierno arbusto; antes que crezca, hay que enderezarlo para que suba recto y gallardo. Por tanto, aún en la tierna infancia cuando todo lo suyo —aún sus travesuras, resistencias, obstinaciones— «hace gracia» a los padres, ¡cuidado!, no halagarle, no jugar ligeramente con él, porque luego vendrá el arrepentimiento.

Tampoco hay que darle demasiados mimos,

porque según va creciendo en edad se cree amo por haber sido siempre halagado y consentido y se cree que todos deben agasajarle, y se hace soberbio, caprichoso e insoportable. Además no hay que soltar las riendas en la juventud del hijo; no consentir las «travesuras» —más graves que las de la niñez— del muchacho ya crecido. Siempre hay que instruirle, cuando niño, y cuando joven, y formarle en consonancia con su edad.

La buena educación de los hijos es uno de los temas que se tratan bastante en la Biblia (Eclo. 30,1-13). Copiemos el pasaje del que podemos hacer un breve comentario:

«El que ama a su hijo tiene siempre dispuesto el azote, para que al fin pueda complacerse en él. El que educa bien a su hijo gozará en él, y podrá gloriarse en medio de sus conocidos.

El que enseña a su hijo será envidiado de su enemigo, y ante sus amigos se regocijará en él. Si muere su padre, como si no hubiera muerto, pues deja en pos de sí uno igual a él. Durante su vida le ve y se alegra, y al morir no siente pena...

El que mimó a su hijo tendrá luego que vendarle las heridas, y a cada grito suyo sentirá que se le conmueven las entrañas. Caballo no domado se hace indócil, y el hijo abandonado a sí mismo, testarudo.

Halaga a tu hijo y te hará temblar; juega con él y te hará llorar. No te rías con él, no te haga sufrir y al fin rechines los dientes. En su juventud no le des largas, y no disimules sus faltas.

Doblega su cuello en la juventud y tunde sus espaldas mientras es niño, no se te vuelva terco y desobediente. Educa a tu hijo y aplícate al trabajo, no vengas a tropezar por su torpeza».

Notemos que un caballo no domado se hace intratable, así el hijo abandonado a sí mismo no sabrá encontrar su puesto en la vida familiar y social. Sin roce que le lime, sin disciplina que le someta, será causa de continuos choques con los demás. Hay que doblarle la cerviz ya en la mocedad, empezar la educación cuando aún es niño.

El que educa con amorosa firmeza a su hijo, el que le instruye y forma, hallará en él su consuelo, en él se verá honrado; la familia, los amigos se harán lenguas del padre y del hijo... Su hijo será su gloria. La obra alabará al maestro que la hizo. Mas, ¡ay de quien descuida el deber grave de la educación! ha de prepararse para todo; quizá tenga que ir a mendigar su pan, porque el hijo le rechace; quizá haya de «vendar heridas», las propias, las que le causaron los golpes de un hijo sin entrañas. Y no podrá quejarse; él mismo se habrá hecho cómplice del deshonor del hijo.

¿Hay que castigar a los rebeldes con la vara?

En las sentencias de la Biblia, sobre todo en los Proverbios, que tratan de la corrección de los hijos, la palabra «vara» hay que entenderla, en general metafóricamente, como símbolo del castigo, de cualquier clase que sea. No obstante hay que entender «vara» en su sentido propio cuando el contexto lo exige, por ejemplo en esta sentencia: «No ahorres a tu hijo la corrección, que porque le castigues con la vara, no morirá» (Prov. 23,13).

Aun los pedagogos modernos reconocen que a veces no hay más remedio que recurrir a los castigos corporales, es decir, hay que saber dar algún cachete bien dado al hijo cuando comete alguna falta notable. El educador no debe hacerse cómplice del deshonor del hijo.

El médico que ata al loco furioso, el padre que castiga a su hijo vicioso e indisciplinado, se hacen insoportables a los que corrigen, dice San Agustín, pero ambos obran por afecto. Pues si el padre o el médico les dejan demasiado libres, y son causa de su muerte, esta conducta no es bondad, sino una verdadera crueldad.

No se descuidan las correcciones tratándose

del caballo y del mulo, seres desprovistos de razón que se resisten con coces y mordiscos a los que les atan para domarles y curarles; al contrario, se persiste hasta que por medio del látigo o de los remedios se haya obtenido el resultado apetecido: ¡con cuanta más razón debe el hombre no abandonar al hombre, el hermano a su hermano, el padre a su hijo, el amo a su criado, el superior a su inferior, y no dejarle perecer por la eternidad! Más tarde éstos comprenderán qué bien infinito se les ha hecho cuando, a pesar de us quejas, se les imponía una corrección preciosa.

A los niños hay que saberlos corregir, alentar e incluso alabar si lo merecen. La alabanza a veces es perjudicial, porque puede hacer vanidoso al que la recibe; pero puede alentar y servir de recompensa. Es la voz que dice: «Has obrado bien».

Hay, pues, que corregir al hijo mientras es tiempo: que ni sus lágrimas ni sus gritos os detengan; extirpad sus vicios nacientes. Lo que no obtengáis hoy, no lo obtendréis mañana. No hay defecto que no pueda destruirse en un niño si las reprimendas y correcciones son prudentes y constantes. Castigad, pero sin ira. Hállese mezclada la severidad con la dulzura. El que se da a la ira corrigiendo, se perjudica a sí mismo y perjudica

al niño, dicen los Proverbios. Con la cólera exaspera y escandaliza a su hijo, lejos de curarle. Corregir con ira no es obedecer a la caridad, sino a la pasión... Hecha con calma, la corrección inspira respeto; hecha con arrebató, excita la rebeldía y no produce ningún bien... (. a Lapide).

El Eclesiástico dice: «*No seas en tu casa como un león aterrando tus domésticos y oprimiendo a tus súbditos*» (4,35). La corrección debe hacerse sin debilidad, sin ira, en el momento oportuno y de un modo conveniente...

Termino transcribiendo el texto del Eclesiástico (42,9 ss) que ya pongo en mi libro: «*No pierdas la juventud*», y nos habla de la vigilancia del padre por su hija y la inquietud por sus cuidados, y las jóvenes reflexionando sobre él no terminen perdiendo su pudor y su vergüenza y se vean unas desgraciadas:

«Una hija es para el padre un tesoro que hay que guardar, un cuidado que quita el sueño, porque en su juventud no sea violada, y no sea aborrecida después de casada. En su doncellez no sea deshonrada y se vea encinta en la casa de su padre; que no sea infiel al marido, y bien casada sea estéril.

Hijo mío, sobre la hija atrevida refuerza la vigilancia, no te haga escarnio de tus enemigos,

fábula de la ciudad, objeto de burla entre el pueblo, y te avergüences en medio de la muchedumbre... La hija deshonrada es el oprobio de los padres».

En la educación, y según la clase de faltas, hay que saber compaginar la severidad con la dulzura. Cuando los niños se dan cuenta vale más la corrección hecha con amor, porque de ordinario todos nos movemos más por una palabra amorosa que por el látigo.

San Juan Bosco, cuando se vio rodeado de muchos chiquillos traviesos y alborotadores, tuvo una visión, y en ella la Virgen María le dijo: «No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad, deberás ganarte a estos amigos tuyos». También no está de más en las correcciones difíciles, tener presente el dicho de S. F. de Sales: «Más moscas se cazan con una cucharadita de miel que con cien barriles de vinagre»; mas tengamos siempre presente que los jóvenes necesitan orden y disciplina, y por tanto sería un error el creer que todo puede lograrse con continua blandura. La educación blanda no forma caracteres firmes y es a lo que debe tender todo educador.

La religión y la libertad

En todo joven se nota el afán de libertad e independencia; mas como muchos jóvenes se pierden por una libertad mal entendida, porque para ellos libertad es hacer lo que les plazca, y hasta poder alborotar, promover desórdenes, ir al colegio o no ir..., conviene sepan en qué consiste la libertad.

La libertad es un don de Dios, Él nos la ha dado para el bien, no para hacer el mal. Y dirás: ¿cómo sabemos lo que es bueno o lo que es malo, lo que nos es lícito y lo que nos está prohibido? Lo sabemos por los mandamientos que Dios nos ha dado y que no son en sustancia otra cosa que *los preceptos de la ley natural*, impresos por el mismo Dios en el alma de cada hombre, y por tanto obligan a todos los hombres de todos los pueblos, y son valederos para todos los tiempos y todos los lugares, constituyendo a su vez el *fundamento de toda la moral* individual y social.

Los mandamientos, pues, son leyes morales, que nos están diciendo a todos lo que es bueno y lo que es malo. De aquí que estos mandamientos son el cauce de la verdadera libertad. Si yo robo, si yo mato, si yo cometo un acto inmoral, la ley de Dios me está diciendo: *no matarás, no roba-*

rás, no cometerás actos inmorales. Por este motivo es preciso reconocer que el cauce de la libertad humana es el que nos señala la religión cristiana, o sea, la Ley de Dios, que no es otra cosa que su voluntad, y a ella debemos conformar la nuestra.

La religión no ha de imponerse por violencia, pero todo buen educador puede influir con éxito en el entendimiento y en el libre albedrío de los jóvenes.

Las imposiciones de la moral no son barreras u obstáculos a la verdadera libertad, porque rompen los lazos que nos sujetan y nos impiden volar a las alturas. Tan sólo es libre el hombre que se sujeta al Dios Creador. Si es verdad que «servir a Dios es reinar», también es verdad que obedecer al instinto, al pecado, al respeto humano, es la peor de las esclavitudes.

Jesucristo nos dice: «*El que comete el pecado es esclavo del pecado*» (Jn. 8,34). Joven, ¿quieres ser verdaderamente libre? Rompe con el pecado, con las ataduras de las pasiones que te aprisionan.

El joven que comprende estas verdades y quiere espontáneamente, con libre voluntad, la religión, se verá capacitado por el mismo anhelo de libertad, para hacer los mayores sacrificios en el campo de la religión.

Para ser verdaderamente libre, empieza por ir haciendo pequeños vencimientos, dirigiendo tus actos por el camino del bien.

Fortifica la voluntad

Joven, te voy a hablar de un secreto para que logres ser sabio y ser santo. Este secreto está en fortificar la voluntad. A este fin te recomiendo que tengas presente esta regla: «Ejercítate cada día en vencerte, aunque sólo sea en algo insignificante».

Empieza por ser fiel al cumplimiento del deber, levántate a hora fija, estudia en el tiempo señalado, llega puntual a la clase... Prívate de vez en cuando de alguna diversión, de algún placer, de algún plato por mucho que lo desees. No has de buscar el bocado que más te apetezca, no vayas a caza de golosinas... Piensa que «comemos para vivir, y no vivimos para comer»...

Si te ha hecho alguno cierto mal o te entra la tentación de irritarte, no te dejes llevar de la ira, ten presente esta sentencia árabe: «Antes de hablar da cuatro vueltas a la lengua», o cuenta hasta diez para tus adentros... y luego hablarás más reposado. *«La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera»* (Prov. 15,1).

No dejes vagar tu mirada continuamente, y menos sobre cosas obscenas... Domina también tu lengua, no descubras secretos o faltas de otros, no mientas nunca...

Con la abnegación podemos alcanzar un objetivo elevado... Estos pequeños ejercicios sólo sirven de escuela para lograr una voluntad fuerte, y de cuya escuela brota una seria vida moral. Jesucristo nos enseñó este camino al decirnos: *«El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»* (Mt. 12,14).

Para crearse una posición, para lograr hacer una carrera o para llegar a la posesión de una ciencia es necesario tener unos conocimientos básicos y necesarios, y éstos no pueden adquirirse más que mediante el trabajo. Pues bien; trabajar o no trabajar depende de la voluntad exclusivamente. Nuestra voluntad es ante todo perezosa y debemos imitar a los grandes trabajadores intelectuales (véanse los ejemplos de Newton, Demóstenes y San Agustín en mi libro *«La formación del carácter»*).

El hombre tiene que luchar continuamente contra sus bajas pasiones, y hay que saber que sin el arte de decir «no», es imposible que haya un hombre de carácter. Cuando los deseos y las pasiones de los instintos, se arremolinan en ti,

cuando después de una ofensa estás para saltar..., cuando la tentación del pecado te muestra sus alicientes, ¿sabes entonces con gesto enérgico pronunciar la breve y decisiva palabra «no»? Entonces no habrá precipitación ni disputa...

No faltan quienes se desalientan y se desaniman porque dicen que han querido muchas veces enmendarse, pero no lo han logrado; mas esto es debido sin duda a que no lo han querido en serio. Hay mucha diferencia entre el *quisiera* enmendarme y el *quiero*. Los que dicen «quisiera» son hombres a medias, son los que carecen de entusiasmo y decisión... caen... se levantan, y así siguen... Si lo intentas y no vas cediendo poco a poco a tus defectos, tus resoluciones llegarán a ser eficaces.

La enseñanza a niños y jóvenes

Después de lo dicho, es de gran trascendencia saber educar a los niños y a los jóvenes. La madre, por ser la primera catequista, ha de ser la primera en sembrar buenas ideas en los niños que Dios le concede y ponerlos en comunicación con Dios enseñándoles las primeras oraciones.

Hablando de esta educación de los niños en el hogar le daba tanta importancia el francés Jean

Paul, que dijo: «El niño aprende más en los cuatro primeros años de su vida que durante cuatro años en la Universidad», y como dice el refrán: «Lo que se aprende con la leche en los labios, no se olvida con los años».

Los padres han de procurar que las ideas religiosas del niño sean amables, serenas y alegres. No hacer mención del diablo en el sentido de amenazarles con que «el diablo te llevará», porque puede ser una mala influencia en ellos.

Tampoco de hablarles del rigor de Dios, sino decirles que Dios es Padre y ama a los niños buenos, y Él ve todo y se alegra de las buenas obras que hacen... Acostumbrarles a decir siempre la verdad, a no mentir jamás, a ser obedientes: «El niño que no obedece, manda» (Quintiliano). Los desobedientes se quieren luego imponer a sus padres... Se han de preocupar del «pudor» de sus hijos, al vestirse, al bañarse, al jugar... desde su más tierna edad...

Inculcarles el respeto en el templo, acostumbrarles a la buena compostura, al silencio por ser la Casa de Dios, quitarle los libros malos, que no anden con malas amistades... No darles demasiados mimos, saberles reprender cuando hacen algo que no está bien...

Por lo que hace a los catequistas, éstos han

de tener presente que el Catecismo o Historia Sagrada, no es una de tantas asignaturas de la escuela, sino *una asignatura de la vida*, o sea, una orientación práctica de la vida y la solución del problema de la formación del carácter; que además de *instrucción religiosa* es también *disciplina religiosa*, un ejercicio cotidiano de autoeducación y que termina viendo en esta enseñanza cuál es la voluntad de Dios a la cual debe conformar la suya.

La educación cristiana es una *educación austera y seria*, que nos enseña a obedecer, a renunciar a nuestros malos deseos y a vencerlos, y ésta es la pedagogía del Evangelio.

El joven no debe ver en las prescripciones o enseñanzas de la religión algo que coarta su libertad, sino algo grande que la orienta por el camino del bien.

El educador debe hablar con amor a los jóvenes y no perder la paciencia con ellos, y tampoco abandonarlos aunque se noten grandes defectos. El ideal es educarlos para una vida pura. El fin de la educación moral es hacer al hombre capaz de seguir la voz de su conciencia en la cual está gravada la ley de Dios. Uno de los problemas más urgentes y más decisivos es la recta educación sexual, la orientación adecuada de la juven-

tud, que lucha en medio de las tempestades de la pubertad. Vamos a hablar claro de este tema.

Advertencia. Como ha habido ya niños de ocho años que han preguntado a sus padres: «¿De dónde vienen los niños?», a los que hicieran tal pregunta, lo mejor es decirles, que «Dios es el que da los niños por medio de los padres». «Papá y mamá se quieren mucho y por so Dios les da un hijo». Aunque estas respuestas no sean más que una parte de verdad, más tarde no serán desmentidas como sucedería con el cuento de la cigüeña.

Edad de la pubertad

Desde la edad de los 12 ó 13 años hasta los 16 hay una transformación en la juventud. Es la época de la pubertad, y como se ha dicho es el segundo nacimiento del joven, y en esos años se suele decidir el destino de la vida.

En esta época el adolescente va perdiendo la dulzura de niño, y empieza una transformación corporal que se manifiesta en el desarrollo del organismo, y parece entrar todo en ebullición y hasta la consciencia degenera fácilmente en *sentimentalismo*.

«La característica de la vida sentimental y volitiva en esta edad es el *tránsito repentino* de

un extremo a otro. Entusiasmo y apatía, amor y odio, fervor y tibieza se suceden en el alma sin motivo ni fundamento». Por un lado el joven quiere ser «alguien», y por otra parte se le ve abatido y amargado...

En esta edad de la pubertad los dos sexos presienten su destino peculiar y vienen las dudas y el deseo de encontrar la clave de todos los misterios. Y con la educación mixta es más fácil la influencia del uno en el otro.

Muchos son esclavos del pecado en una edad en que todavía no conocen la naturaleza del pecado..., y van cayendo en la perdición moral, y a veces en enfermedades corporales, aun antes de haber adquirido madurez y llegado el completo desarrollo.

Hoy, por desgracia, es muy bajo el nivel moral de la juventud. A la edad de 15 ó 16 años, apenas hay en la actualidad muchachos y muchachas vírgenes, pues entre ellos cunde el lenguaje grosero y hasta el pecado solitario.

En nuestra época, el estrago causado por el pecado de la inmoralidad es más espantoso que nunca, dado el ambiente, los cuadros obscenos, los cines, la televisión que excita a los jóvenes al pecado torpe y profesores que hablan de este tema, habiendo ellos perdido toda la moral.

Es oportuno llamar la atención sobre las enfermedades especiales de esta edad, que pueden destruir el equilibrio, corporal y espiritual, de los adolescentes. El cuerpo normal en la pubertad ya lleva anejas profundas conmociones, y si hay circunstancias desfavorables (por ejemplo, *sífilis* heredada, otras taras transmitidas también por herencia, una fuerza de resistencia débil, una educación poco vigorosa, fumar o beber ya arraigados) que agraven la situación, pueden provocarse serias enfermedades corporales y psíquicas. La pubertad es la época crítica de los defectos y malas inclinaciones que se hayan heredado.

Si las circunstancias desfavorables aumentadas estorban el robustecimiento de los órganos que se desarrollan, pueden causar *una enfermedad corporal*. Pueden originar trastornos en la circulación de la sangre (un latir vehemente del corazón, vértigos, respiración dificultosa). Es cuando se ha de dedicar más cuidado a la postura recta del cuerpo. Con mucha facilidad sobreviene el cansancio.

El organismo tiene gran propensión en esta edad a la infección tuberculosa. Son muy frecuentes las erupciones de la piel. El modo mejor de combatir todo esto es: dormir lo suficiente,

una alimentación no demasiado condimentada ni excitante, no llevar una vida sedentaria, moverse mucho al aire libre (Tihamér Toth).

Los trastornos nerviosos pueden ocasionar también graves conflictos..., y de ahí la neurastenia..., la melancolía por la que algunas veces el enfermo se abandona sin resistencia al pecado... Los síntomas de la enfermedad se hacen notar en las actividades mentales (trastorno espiritual, intranquilidad, sensibilidad exagerada, debilidad de voluntad). Todos estos síntomas nerviosos exigen de parte del educador un amor profundo, una gran dosis de buena voluntad y de tacto.

Breves consejos a directores y dirigidos

1) **¿Cómo debe obrar el director espiritual?** Puede ser que algunos sean pecadores *reincidentes o consuetudinarios*. No hay que perder la paciencia con ellos y acrecentar también el amor hacia ellos. Considerar que son impulsados y precipitados en el pecado bien por circunstancias familiares, por disposiciones orgánicas, por defectos heredados, por su educación u otros motivos.

Necesitan palabras alentadoras y no abandonarlos..., pues ellos mismos confiesan que sólo

se sienten felices cuando su alma está libre de pecado.

2) **¿Qué debe hacer el joven que cae en el pecado?** Todo joven debe sentir que en el confesionario le espera siempre el padre del hijo pródigo, el amigo de los pecadores y publicanos, que después de tantas caídas, le susurra al oído: «Confía, hijo, tus pecados te son perdonados».

Lo principal es que los jóvenes se esfuercen por no permanecer en estado de pecado. Como dice San Ambrosio: «Caer en pecado es propio de la naturaleza; repararlo es virtud».

No hay que desalentarlos, sino infundirles confianza, y que se apoyen en Dios, como decía San Pablo: «*No yo, sino la gracia de Dios conmigo*». Confía, pues en tus fuerzas, pero apoyado en Dios.

* * *

Aprendemos de la agricultura, dice Monseñor Tihamér Toth. El labrador trabaja su tierra sudando, la remueve con el arado, siembra y después espera pacientemente la cosecha. *No depende de él* lo que sucede entre tanto con el sembrado; ¿Lo acaricia el sol, lo riega la lluvia, lo destroza la tempestad, lo destruye el granizo?

Y si antaño fue mala la cosecha, ¿perderá él por esto las ganas de trabajar al año siguiente? No; todo lo emprende de nuevo; quizás ahora, acaso esta vez habrá una cosecha espléndida. «Mirad cómo el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios le envíe la lluvia, temprana y tardía. Esperad, pues, vosotros con paciencia y esforzad vuestros corazones» (Sant. 5,7-8).

Hay otro dato que nos brinda consuelo aun en medio del aparente fracaso, y es que muchas veces la semilla sembrada germina más tarde — acaso después de largos años— en estos «estudiantes incorregibles». La experiencia nos demuestra que las duras luchas de la vida doblegan a no pocos de estos jóvenes que juzgábamos perdidos, y la simiente de la vida religiosa, que fue sembrada en su alma sin gran esperanza, finalmente, en la edad madura, aunque sea después de muchas vicisitudes, llega a echar raigambres.

En la educación nunca se ha de perder la paciencia. S. F. de Sales dice: «No hay naturaleza tan mala que, con la gracia de Dios y con esfuerzo y paciencia, no se pueda refrenar y vencer».

La iniciación sexual

Nadie niega que es necesaria cierta iniciación sexual por exigirlo el desarrollo corporal del joven, la formación recta de la conciencia y los peligros de la moral, y conviene darla antes que los jóvenes lleguen a este conocimiento por fuentes muy sospechosas.

A partir de los 12 ó 13 años de edad, trabajan con gran actividad las glándulas sexuales, cuyo producto, la llamada «hormona sexual» entra en la circulación de la sangre del joven organismo y empieza a sentir los movimientos de cuerpo y la inclinación al placer sensual, apoderándose del joven una *intranquilidad, una incertidumbre, un desasosiego*.

Este proceso, común a todos, instiga al joven a hacer indagaciones; busca en los libros, cuadros, léxicos, libros de medicina, para satisfacer una nueva sed de saber. Una cuestión suscita otra; pero en ninguna parte encuentra el joven la respuesta que necesita.

Cuando los jóvenes empiecen a debatirse en las dudas ante las tentaciones de la carne, los pensamientos impuros y bajas inclinaciones, y antes que aprendan esto de libros obscenos, donde se habla del gozo del pecado o aprenden el

pecado solitario de otros o de compañeros depravados, conviene preparar a nuestros jóvenes para las luchas espirituales que les esperan, y por eso interesa dar a tiempo la iniciación sexual, y más sabiendo que el tentador ya está en acecho y acaso dentro de un año o dos habrá ahogado tantas risas inocentes, habrá quitado el brillo de los ojos, manchado el alma pura y cegado tal vez muchas vocaciones sacerdotales. Entonces ¿qué es necesario hacer? Prevenir, ¡prevenir!, tal ha de ser nuestra divisa de educación sexual.

¡Cuántas veces se repite el abandono de los años juveniles de San Agustín! «¡Ay! ¿dónde y cuán lejos estaba yo de las alegrías de tu casa en el año decimosexto de mi vida terrena? Entonces se irguió en tirano la voluptuosidad desenfrenada... Los que me rodeaban tan sólo se preocupaban de que preparase magníficos discursos... Mi padre no se preocupaba de si mi desarrollo gustaba o no a Dios, o de cómo estaba en punto a pureza, con tal que llegase a ser un buen orador».

¿Cuándo hay que dar la educación sexual?

A esta pregunta voy a contestar con lo que digo ya en mi libro titulado «La educación sexual».

La educación sexual debe darse cuando la naturaleza pida estos conocimientos, por lo mismo ésta en general, debiera omitirse en el niño, porque en sí no sirve más que para prender en él prematuramente una curiosidad que no tiene en sus años, y forzar las cosas es, sin duda, absurdo y reprobable.

En los jóvenes —llegada la edad de la pubertad— está bien esta educación siempre que sea, como dice el Concilio Vaticano II, *positiva y prudente*, o sea, discreta y oportuna, y a su vez, sin forzamientos ni imágenes que turben la mente de los chicos. ¡Cuántos de los que estaban con ideas muy lejanas de los misterios de la vida les han sido contraproducentes ciertas lecciones de sexualidad y les han causado enormes daños!

Si hoy en vez de dar una enseñanza sobre esta materia, de una manera descarnada e inmoral a base de revistas o de libelos con caricaturas pornográficas, se hablase a los niños de la belleza de la virtud, de lo que es la virginidad y del modo de vivir en castidad con entusiasmo, no hay duda que se obtendrían excelentes resultados y surgirían vocaciones para el sacerdocio y para la vida religiosa...

No creo se pueda ir contra los principios donde se asienta la moral cristiana y que se dé

una enseñanza que sirve solamente para abrir los ojos al mal y conducir a los niños y a los jóvenes a la pérdida de la pureza, y así tener que llorar después funestas consecuencias...

La alegría verdadera nace de corazones puros, y cuando vemos a los jóvenes, llegados los años de la pubertad, que se hallan tristes, desobedientes a sus padres y malhumorados..., es sin duda, porque se dejan llevar del vicio de la impureza, la cual acarrea la pérdida de la paz, de la alegría sana y de la felicidad... y como consecuencia la pérdida de la fe y el olvido de Dios.

¿Cómo y quiénes han de dar la educación sexual?

Los primeros que deben darla son los padres por ser los primeros educadores de sus hijos, y si bien algunos han dicho que en cuestión tan delicada lo mejor es callarse, tenemos que decir que como no calla la calle, ni se callan los amigos, los libros, el cine, la televisión, etc., no hay más remedio que saber hablar a los jóvenes a su tiempo.

Es preciso reconocer, dado el ambiente general, que la juventud sabe más en este punto de lo que se cree, y es de sumo interés que tanto los padres como los maestros y catequistas sepan

dirigirse a los jóvenes con palabras serias y delicadas y llegar a ellos hasta ponderarles la gravedad de la impureza...

Hay que medir las palabras y exponerlas con claridad; mas ¿cómo hacerlo? Yo no veo métodos claros; mas creo que lo más acertado es hablar en esta materia a los jóvenes de 12 ó 13 años en adelante, así:

Jóvenes: Voy a hablaros de un tema que os interesa, pues es muy importante, es el de la «educación sexual», el problema de la pureza.

Todos hemos sido niños y jóvenes como vosotros, y todos más o menos como hijos de Adán, a la edad de los doce a los catorce años, se suele sentir el instinto de las pasiones de la carne, pensamientos feos o ciertas inclinaciones ante del descubrimiento del sexo contrario, con su atractivo y el sensualismo consiguiente y también con sus placeres o remordimientos.

No os debéis preocupar ni asustar de cada pensamiento sexual que os asalte. Lo que sí tenéis que saber para tener ideas claras, que los instintos de la carne, las tentaciones o pensamientos deshonestos, por muchos que pasen por vuestra mente, en sí no son pecados.

La puerta del pecado es la voluntad, y por lo mismo lo que es pecado son los pensamientos o

deseos inmorales buscados y consentidos. Si te molestan y de hecho no los quieres, no tienes pecado...

El sexto mandamiento de la Ley de Dios, dice: «*No cometerás actos impuros*». Por tanto todo acto impuro o pecado torpe es grave.

Bastará así decir una idea general para ponerlos alerta contra el mal de la impureza y no bajar a particularidades, pues es tal nuestra inclinación al pecado, dijo Pío XII, que muchas veces de las mismas cosas que se dicen para remedio de los pecados, se toma ocasión o incitación para el mismo pecado. Y lo mejor, después de dicho esto, sería el aconsejarles que cuando sientan las pasiones o malos movimientos de la carne, vayan a un confesor para que les diga la manera de luchar contra el mal que se les pregunta, que ha de consistir ante todo en fortificar la voluntad y frecuentar los sacramentos de confesión y comunión...

Los profesores debieran hablar más de la belleza de la virginidad y así fomentar las vocaciones religiosas, de cómo hay almas consagradas al servicio de Dios y del prójimo en el claustro, en colegios, hospitales, misiones...

Como tenemos dicho, a medida que se va desarrollando el organismo, todo joven suele

sentir ciertos pensamientos y deseos extraños, una «fuerza sexual», la inclinación de los bajos instintos hacia personas de diverso sexo y aparece a veces fuertemente la lucha de que nos habla San Pablo, cuando dice: «*La carne guerreá contra el espíritu y el espíritu contra la carne*» (Gal. 5,17).

Y conviene saber que según la voluntad de Dios estos instintos que empiezan a sentirse en esos años y que luego se intensifican a medida que se va creciendo en edad, diremos claramente que «sólo pueden encontrar satisfacción en el matrimonio», que el mismo Creador instituyó con vistas a la conservación de la especie humana. Pero, ¡tú, joven, estás todavía lejos del matrimonio!

«Antes del matrimonio nunca, por ningún motivo, ni a solas, ni con otra persona has de dar satisfacción a estos instintos, ni prestar oído a su voz seductora». Fuera del matrimonio no es lícito entretenerse a sabiendas y con plena deliberación en pensamientos, sentimientos y actos que se refieren a la llamada «vida sexual».

Está alerta y no consientas nunca en dar entrada a tales pensamientos, miradas, conversaciones y acciones. Ya hablaremos de los medios que debes poner para vencer. Ante todo hay que fortificar la voluntad.

Contra el dominio tiránico del cuerpo, se impone el dominio del espíritu para no sucumbir. Hay que esforzarse para vencer. Así comprenderás las palabras del Señor: *«El reino de los cielos se logra a viva fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan»* (Mt. 11,12).

Santa Catalina de Sena, religiosa consagrada a Dios pasaba temporadas llena de tentaciones y pensamientos deshonestos, y se dice que un día se le apareció el Señor, y ella le dijo: «Señor, ¿dónde estabas cuando me rodeaban tantas tentaciones y pensamientos impuros? Entonces, Él le contesto: «Allí estaba junto a ti viendo como luchabas».

Sepamos que no nos han de faltar tentaciones y malos pensamientos; mas hemos de luchar para no consentir en ellos, pues todos, especialmente las almas justas, como dice la Sagrada Escritura, no se verán libres de tentaciones: *«Si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación»* (Eclo. 2,1). *«Dios prueba a los elegidos como el oro en el horno»* (Sab. 3,6).

La masturbación y sus males

La masturbación es otro nombre de la polución (que se llama también vicio solitario y, menos propiamente onanismo), y se debe a la excita-

ción de los nervios sexuales por causas físicas o psíquicas.

La polución puede venir por causas naturales (en el sueño, por enfermedad o por excitación sexual involuntaria) o puede también producirse voluntariamente. Si una «excitación sexual involuntaria» acaba en polución, ésta no es pecaminosa, caso que la causa de la excitación no haya sido querida en absoluto... Sólo puede ser pecado una polución que se produce voluntariamente fuera del trato sexual lícito.

El hábito de la masturbación es siempre señal de que el hombre no se domina a sí mismo ni está preparado para la vida y el mundo, y de que se encuentra en una postura psíquica falsa. Una masturbación habitual es más bien síntoma de una enfermedad ya existente..., y debe mirarse como pecado grave, pues viola en varios puntos el orden de la sexualidad... Por el pecado solitario perjudica el hombre a su propia personalidad, pues hace que menoscabe su capacidad de amor. Así daña también a la sociedad...

La masturbación es un pecado muy extendido, y el joven que cae en él, debe saber que el vencimiento de los pecados torpes proporciona salud corporal, mientras que la caída en ella, acarrea la ruina de la salud espiritual y corporal.

La doctrina de la Iglesia ha declarado la masturbación como reprobable (Dz. 688), y como pecado grave (Dz. 2044), y claramente «La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (29-12-1975), publicó una Declaración de ciertas cuestiones de ética sexual, y dice: «La unión sexual antes del matrimonio, las relaciones homosexuales y la masturbación son pecado grave».

Males de la masturbación. Son muchos y por eso hay que trabajar por evitarla, porque puede llevar a los jóvenes a la ruina del alma y del cuerpo.

Cuando falta la pureza entra la corrupción y entonces empieza a apagarse la alegría y los bríos juveniles se agotan y se hacen más costosos los estudios serios...

El ladrón es el que roba los bienes de otro, pero el que lleva una vida impura se roba a sí mismo los tesoros de más valor, las fuerzas del cuerpo y las del alma... y por este camino llega a la ruina moral completa, a la incredulidad.

San Ambrosio lo dice así: «Cuando empieza a entregarse a este vicio, empieza también a alejarse de la fe». Así se explica que cuando un joven que vivía antes castamente e iba a Misa, empieza a decir que «la Misa no le dice nada» y

no va al templo, casi es seguro que se va dejando dominar por el vicio de la impureza, porque éste va oscureciendo su mente. La corrupción del corazón es la causa de la incredulidad, pues mientras un joven se conserva puro, suele ser firme en la fe.

Y lo peor de todo es que hay jóvenes que dejados arrastrar por el vicio impuro han llegado a tener relaciones sexuales con mujeres degradadas —mujeres de mala vida—, y éstas en el momento fatal de lograr el placer por esta vía ilegal, les han causado enfermedades, cuyos estragos han tenido que sufrir durante largos años, y luego, si llegan a fundar una familia, pueden transmitir en herencia a su esposa e hijos y demás descendientes tal enfermedad.

Fíjate en la extensión del mal. Según afirma la medicina, el que peca con una de esas mujeres, casi con toda seguridad, recibe de ella alguna enfermedad venérea. Una de estas enfermedades es la *sífilis*, que hace más víctimas que las pestes y el cólera juntos..., pudiendo ser a su vez causa de otras enfermedades del pulmón, del hígado, de los huesos, etc. El que esto os escribe puede deciros que me consta que a un hombre tuvieron que cortarle una pierna por una de las enfermedades heredadas en tales casas de perdi-

ción. ¡Jóvenes! no seáis incautos, no os dejéis dominar del vicio de la impureza que puede acarrearos la pérdida de vuestra salud temporal y eterna.

Medios para ser castos

Como ya he hablado en otros libros de estos medios, ahora resumiré lo esencial que podemos decir para combatir el vicio de la masturbación y permanecer en castidad.

El que se propone un fin, lo primero que ha de hacer es querer de veras conseguirlo. «Querer es poder». Si se quiere de veras una cosa hay que poner los medios necesarios para lograrla. La clave en esta materia, como ya hemos dicho, es fortificar la voluntad. Hay que gobernar las pasiones y no dejarse gobernar de ellas.

El problema de la castidad es más bien un problema del primer mandamiento que del sexto, pues si el corazón no se llena del Amor a Dios y se le ama con toda el alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas, termina amando a una criatura.

La persona que ha determinado consagrarse de lleno al servicio de Dios y del prójimo, y ha puesto su mano en el arado, debe mirar adelante

y llenar su corazón de amor a Dios, y si quiere triunfar debe pronunciar con valentía un «quiero» rotundo, anteponiendo este amor a todos los amores terrenos.

La castidad es algo imposible, si se apoya uno solamente en las propias fuerzas naturales o en los preceptos negativos: *No fornicarás, no cometerás actos impuros*, etc.; pero es posible y bella si se apoya sobre algo positivo: *el amor a Dios*, un amor vivo y total, y por Él y con Él hay que vencer.

1.º Medio: La oración. «Vigilad y orad».

Para la victoria no hemos de apoyarnos en nuestras propias fuerzas o medios humanos, sino en Dios, recurrir a Él, rezar, repetirle: «*No nos dejes caer en la tentación*». Jesucristo nos dice: «*Sin Mí nada podéis hacer*». Contemos con su ayuda. El Sabio dice: «*Luego que comprendí que no podía ser casto, si Dios no me lo diese, acudí a Él e hice oración*». La tentación es un combate, y «hay que esperarla», «no buscarla», «*porque el que ama el peligro, perecerá en él*» (Eclo. 3,27). Hay que esperarla «preparado» con la oración.

2.º Medio: Evitar las ocasiones de pecado.

San Jerónimo dice: «El primer remedio de la impureza es apartarse mucho de aquéllos cuya presencia es una tentación... Muchas personas

eminentes en virtud, han caído en el pecado por creerse seguras». Y a una joven virgen, dirigida suya, escribió: «Andas cargada de oro, debes evitar los ladrones». Estos para robarte la joya de la pureza se presentan bajo diversas formas: las malas lecturas, las conversaciones deshonestas, el cine inmoral, la televisión obscena, los malos compañeros...

—*Evita el peligro femenino.* En cada mujer recuerda a tu propia madre y hermana; considera ignominioso acercarte a ella con bajas concupiscencias... En la conversación, en la mirada, en el juego..., nunca pierdas de vista tus deberes de caballero... No has de permitirte con una muchacha, lo que verías con malos ojos si otro joven lo hiciera con tu hermana... Si ves que alguna te es ocasión de pecado, procura ser hábil para apartarte... Si ves que estás expuesto a que alguna te seduzca, huye... La pureza del corazón depende de la huida, pronto y lejos, de las ocasiones que el mundo nos ofrece...

En los Proverbios leemos: «*La prudencia te conservará, y te libraré de la mujer extraña que usa palabras melosas; porque camina a la ruina, y se dirigen sus pasos hacia el infierno; todos los que tratan con ella, no volverán atrás*» (2,11 ss.).

3.º Medio: El trabajo. No estés ocioso. La ociosidad es madre de todos los vicios. Procura estar siempre ocupado en algo, por ser el modo muy apropiado para ser y permanecer casto... Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: la inocencia, la paciencia, la fuerza. «San Jerónimo dice: “Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos”».

Un médico, el Dr. Surbled dice: «Los recreos animados, los trabajos manuales, la gimnasia, el fútbol, el deporte sano, las carreras, el remar, son recomendables... Con el ejercicio los órganos se equilibran, los músculos se desarrollan, los centros nerviosos pierden su irritabilidad».

4.º Medio: La mortificación. No debe asustarnos esta palabra. «Mortificar» no es matar, sino amortiguar los instintos rebeldes de nuestra naturaleza, sofocar y reprimir los estímulos de la sensualidad y movimientos desordenados. «Tanto más adelantarás en la virtud, dice Kempis, cuanto más te vencieres».

Los lujuriosos, *«los que viven según la car-*

ne, no pueden agradar a Dios» (Rom. 8,8), y por lo mismo deben, como dice San Juan de Ávila: «castigar la carne, tratándola con aspereza. Si San Pablo, vaso de elección, dice: «Castigo mi cuerpo y lo reduzco a la servidumbre, no siendo que predicando a otros, me haga un réprobo» (1 Cor. 9,27), ¿cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin castigar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él, y mayores causas para temer?».

Hay que mortificar los sentidos: guardar los ojos con sumo cuidado, porque «son la puerta del corazón» (S. Agustín), y el gusto y el tacto, etc. La gula es madre de la lujuria. Los grados que conducen a la impureza, son: el primero: la buena comida; el segundo, el exceso en la bebida; el tercero, los espectáculos... La impureza es un fuego ardiente; no le demos alimentos. Hay que evitar toda ocasión de pecado.

5.º Medio: La confesión y comunión frecuentes, hechas con profunda devoción y seriedad son medios medicinales que Dios ha establecido para ser curados. ¿Quieres ser hombre libre y romper las ataduras del pecado y quede así desinfectada tu alma? Confiésate.

El Concilio de Trento llama a la Eucaristía: «antídoto que nos preserva de los pecados gra-

ves» (Dz. 875). La eficacia de la comunión depende en gran parte de las disposiciones del que comulga, pues si nos unimos con fe a Jesucristo, Él nos cambiará en nuevos hombres, haciéndonos más castos, más humildes, más fuertes para vencer las tentaciones y más santos.

6.º Medio: Devoción especial a la Santísima Virgen. Pío XII en la «Sacra Virginitas», dice: «Un medio excelente para conservar intacta y sostener la castidad perfecta, medio comprobado continuamente por la experiencia de los siglos, es el de una sólida y ardiente devoción a la Virgen Madre de Dios».

Ante una tentación impura, representate a la limpísima Virgen María, invócala, rézale con devoción una Avemaría.

7.º Medio: Presencia de Dios. Dios es inmenso, porque está en todo lugar y donde haya cosas, porque todas son suyas. El ejercicio de la presencia de Dios es excelente preservativo del pecado, y nos conduce a la perfección. «*Por mucho que uno se oculte en escondrijos, ¿no lo verá Yo, dice el Señor? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra? (Jer. 23,23-24). Los ojos de Yahvé están en todas partes, observando a los buenos y a los malos*» (Prov. 15,3).

«La presencia de Dios, dice San Basilio, es

un remedio contra todos los vicios». José, en Egipto, se vio atacado violentamente de una tentación de impureza, y recordando la presencia de Dios, huye de la mujer que le solicitaba al mal y queda victorioso, y así dijo: «¿Cómo puedo hacer ese mal y pecar ante mi Dios?» (Gén. 39,9). Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos...

8.º Medio: La lectura y estudio de la Biblia. El Concilio Vaticano II exhorta a todos a leer con frecuencia los Libros Santos (DV. 25) porque su lectura nutre y alimenta la fe de todos los cristianos y a su vez la pureza y todas las virtudes. San Jerónimo habla así: «Leed con frecuencia las Escrituras; aún más, no dejéis de la mano su lectura... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne». Y San Juan Crisóstomo dice: «Leer las Escrituras es un poderoso preservativo contra el pecado».

San Agustín, cuando iba luchando día tras día por salir del pecado torpe, y se decía: ¿Por qué no pone esta hora fin a mis torpezas?..., abrió la Biblia y lo primero que apareció a su vista fueron estas palabras de la Carta a los Romanos: «No en comilonas, ni en embriagueces, ni en deshonestidades, sino vestíos de N. S. Jesucristo, y no hagáis caso de la carne en sus deseos»

(13, 13-14)..., y desde aquella hora reconoció que Dios y sólo Dios era el centro de su felicidad, y se entregó al estudio y servicio de Dios, y llegó a ser el gran sabio, obispo y doctor de la Iglesia.

Conclusión

¿Quieres conservarte casto? Si así es, quíerelo de veras. Ya te he hablado del valor de la voluntad, de cómo debes robustecerla aprendiendo a hacer pequeños vencimientos y mortificaciones, y de tu parte sé enérgico en decir «no» a todo lo pecaminoso. Conserva puro tu cuerpo y tu alma. «*Somos templos del Espíritu Santo*», no lo arrojes de ti por el pecado mortal...

Cada uno se salva a sí mismo, no es tu confesor el que te salva, ni es la Virgen o los Santos, pues ellos te invitan al bien, no te fuerzan.

Está bien confiar en el Señor y decirle: «Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío», pero piensa que ni Dios mismo puede salvarte, porque como dice San Agustín: «Dios que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti».

Hay que esforzarse cooperando con la gracia de Dios, y decir de verdad: «Quiero ser casto, y a este fin pongo los medios dichos». Ayúdate y Dios te ayudará». Sé hombre de conciencia, es-

fuérezate en seguir a Cristo, apóyate en Él y triunfarás. A este fin lee frecuentemente el Evangelio para conocerle y amarle más y mejor.

ÍNDICE

—Prólogo	3
LA FORMACIÓN DEL JOVEN	7
—Necesidad de la educación	7
—El fundamento de la educación	9
—Sin religión no hay moral	11
—La religión, signatura principal	13
—¿Por qué la religión debe ser asignatura obligatoria?	15
—La religión es muy necesaria	18
—¿Quiénes tienen la obligación de edu- car?	21
—La primera escuela de religión	23
—Deberes de los padres para con sus hi- jos.	26
—¿Cómo hay que corregir a los hijos? ...	31
—¿Hay que castigar a los rebeldes con la vara?	34
—La religión y la libertad	38
—Fortifica la voluntad	40
—Enseñanza a niños y jóvenes	42

—Edad de la pubertad	45
—Breves consejos a directores y dirigidos	48
—La iniciación sexual	51
—¿Cuándo hay que dar la educación sexual?	52
—¿Cómo y quiénes han de dar la educación sexual?	54
—La masturbación y sus males	58
—Medios para ser castos	62
—Conclusión	69